

que podía hacer cara á todo, creyó que debía persistir en sus miras y no conceder á la paz ningun sacrificio sobre los que tenia en la mente. Véanse las condiciones á que se atuvo al cabo. Desde luego consentia en sacrificar el gran ducado de Varsovia, como un ensayo de Polonia condenado por el suceso, pero no queria galardonar lo que denominaba una traicion, restituyendo alguna grandeza á la Prusia. Admitia que se le concediera la mayor parte y aun la totalidad del ducado de Varsovia, si Austria y Rusia se brindaban á hacer este sacrificio en su obsequio, pero queria repelerla mas allá del Oder y quitarla el Brandeburgo, Berlin y Postdam en ventaja de la Sajonia, es decir, su suelo nativo y su gloria, y trasladarla entre el Oder y el Vistula, y hacerla asi potencia polaca mas bien que alemana, y dejarla que eligiera capital entre Koenigsberg y Varsovia, sin cederla á Danzick que tornaria á ser ciudad libre. En su lugar queria poner entre el Oder y el Elba á Sajonia, y adjudicar á esta potencia cuanto hay desde Berlin á Dresde. Por lo que hace á Lubeck, Hamburgo y Brema, formaban parte del territorio constitucional del Imperio, y no consentiria ni que se mentase este asunto. A su ver equivalia á sujetarle á una humillacion el despojo de la investidura de protector de la Confederacion del Rhin, puesto que se reconocia no ser mas que un titulo absolutamente vano. Pronto estaba á restituir la Iliria al Austria, si bien reservándose la Istria, esto es Trieste, única cosa deseada con ardor por el Austria. Además pretendia conservar muchas posiciones á otro lado de los Alpes Julios, tales como Villach, Goritz y en suma todos los desemboques por donde se podía bajar á Iliria,

diciendo que no estaba seguro de Venecia sin señorear tales posiciones, esto es, que no se ballaba seguro en su casa, si no tenia las llaves de la agena. Bajo estas condiciones admitia la paz sin darse por ajado, y consentia en volver á entrar en la línea del Rhin con sus tropas. Bajo otras preferia luchar años y años contra la Europa entera. Tales fueron las proposiciones emanadas de las meditaciones de esta noche funesta.

Sin embargo, como ninguna probabilidad habia de que Austria pudiese obtener de sus futuros aliados el abandono de Berlin por la Prusia, á fin de componer con Sajonia una Prusia falsa, sin pasado, sin consistencia, sin realidad, autorizó á Mr. de Caulaincourt para renunciar á este primer proyecto si no era aceptado, y consintió en dejar á la Prusia, además de lo que se le concediera del ducado de Varsovia, todo lo que poseia entre el Oder y el Elba, si bien manteniendo á Danzick como ciudad libre, y no aguantando ya que se hablase de ningun modo de Lubeck, de Hamburgo, de Brema, de la Confederacion del Rhin, y finalmente no restituyendo la Iliria sin retener la Istria, y sobre todo Trieste, pues siempre repetia que desear la posesion de Trieste equivalia á desear la de Venecia.

Durante el dia 10 por la mañana envió Napoleon á buscar á Mr. de Bubna, que formaba sinceros votos por la paz y que desgraciadamente se prestaba algo á las miras de su interlocutor poderoso con la esperanza de ablandarle. A conocer le dió la negociacion secreta entablada con Mr. de Metternich, comunicóle sus estados de tropas, le manifestó á las claras su inclinacion ó hacer está

campana de Sajonia, de cuyo resultado se prometía tanta pujanza como gloria, mostróse tal como se encontraba, confiado, alegre, tan propenso á la paz como á la guerra, y de consiguiente dispuesto á poner poco de su parte á fin de que saliese una ú otra de las negociaciones de Praga; y despues de revelar sin vano alarde, ni fanfarronería, esta fatal energía de su alma, expuso sus condiciones, solicitando casi á cada una de ellas un asentimiento, que de seguro no podia otorgar Mr. de Bubna, si bien no lo negaba sobrado perentoriamente para desvanecer toda clase de ilusiones. Con especialidad sobre dos puntos, el de las ciudades anseáticas y el de la Confederacion del Rhin, no habiendo hallado Mr. de Bubna tan absoluta á su córte como respecto de los otros, pareció que flaqueaba algo, y Napoleon se figuró que podria obtener la paz sin sufrir estas condiciones, que le eran particularmente insoportables, salva acaso la necesidad de ceder á la posesion de Trieste. Asi no desesperó de una paz concluida sobre estas bases, y en todo caso su partido se hallaba adoptado, y no sentia de ninguna manera seguir la lucha; y aun calculaba que en la continuacion de la guerra tornaria á conquistar, no toda su gloria siempre intacta, sino todo su poderío, todo el que bajo las ruinas de Moscou se quedó sepultado.

Despues de esta entrevista despidió Napoleon á Mr. de Bubna, encargándole que escribiera á su gabinete en el propio sentido, y envió á Mr. de Caulaincourt sus últimas resoluciones. No podia llegar antes del dia 11 el correo portador de ellas. Ningun caso hizo Napoleon de semejante retardo, y aguardó la respuesta cualquiera que fuese, toman-

do sus disposiciones para la renovacion de las hostilidades el 17 de agosto.

De consiguiente el dia trascurrió en Praga sin que se recibiera nada de Dresde, muy á satisfaccion de los negociadores de Rusia y de Prusia, muy á pesar de Mr. de Caulaincourt, y con gran sentimiento de Mr. de Metternich, quien, sin embargo de tener abrazado su partido, no veia sin susto por Austria la terrible prueba de una nueva guerra con Francia. Muchas veces fué á casa de Mr. de Caulaincourt durante aquel dia, á fin de saber si de Dresde habia llegado alguna respuesta, y hallando siempre á Mr. de Caulaincourt triste y taciturno, a causa de no poderle decir nada, le hubo de repetir que, pasada media noche, ya no seria árbitro sino beligerante, y que se hallaria reducido á solicitar la paz cerca de sus nuevos aliados, en lugar de podérsela imponer moderada y aceptable para todo el mundo.

Despues de esperar todo el dia 10 sin fruto, Mr. de Metternich firmó al cabo la adhesion del Austria á la coalicion, y al dia siguiente por la mañana anunció á Mr. de Caulaincourt y á Mr. de Narbonne, siempre ignorante de la negociacion secreta, con un sentimiento que saltó á la vista de todos, que estaba disuelto el congreso de Praga, y que desde entonces Austria, forzada por sus deberes respecto de Alemania y de sí propia, se veia en el compromiso de declarar la guerra á Francia. Por su parte anunciaron que se retiraban los negociadores prusiano y ruso, descargando sobre Francia la responsabilidad del mal éxito de las negociaciones, y salieron de Praga con no disimulada alegría. Universal fué esta á no dudarlo, y excepto Mr. de

Metternich, á quien no se ocultaban las consecuencias posibles de una ruptura con Napoleon, aun arrojándolas de frente, excepto el emperador que sentia el corazon oprimido al pensar en su hija, los austriacos de todas las clases manifestaron transportes de entusiasmo. Sin medida estallaron las pasiones germánicas de que participaban todos y á que se vieron forzados á poner freno, como habian estallado en Breslau y en Berlin algunos meses antes.

Al fin en el curso del día 11 recibió Mr. de Caulaincourt el correo tan deseado la vispera, y al ver lo que llevaba sintió menos su llegada tardía. Aun cuando no desesperase de obtener de Mr. de Metternich algunas concesiones, de ningun modo se lisonjaba de conseguir la traslacion de Prusia mas allá del Oder, y aun prescindiendo de esta concesion quimérica, no creia poder conservar á Napoleon ni la ciudad de Hamburgo, ni el protectorado de la Confederacion del Rhin, ni menos el puerto de Trieste. Con todo, dejandoselo al Austria, conviniendo respecto de las ciudades anseáticas en un ajuste suspensivo, que hiciera depender su restitution de la paz con Inglaterra, no miraba como imposible atraer á Mr. de Metternich á las proposiciones de Francia. Asi corrió á su casa, le halló triste, conmovido, desconsolado á causa de que llegaba muy tarde, sorprendido y desazonado de que se hubiera revelado á Mr. de Bubna el secreto de una negociacion que se habian prometido mutuamente mantener oculta del todo, no juzgando aceptables las condiciones de Napoleon, si bien dando á entender, á consecuencia del indicio bastante claro de que no eran irrevocables, que, mostrándo-

se absoluto acerca de la restitution de Trieste al Austria, del restablecimiento de Prusia hasta el Elba y de la abolicion del protectorado de la Confederacion del Rhin, seria posible aplazar la cuestion de las ciudades anseáticas hasta la paz con Inglaterra, lo cual atenuaria en mucho este sacrificio para Napoleon, cubriéndolo con el inmenso brillo de la paz marítima. Pero estas condiciones modificadas en tal sentido que hubiéramos podido imponer á las partes beligerantes hace veinte y cuatro horas, añadia Mr. de Metternich, no dependen ya de nosotros, y nos vemos reducidos á proponerlas sin saber si conseguiremos que sean aceptadas. Mr. de Metternich se mostraba además pesaroso y agitado, porque, si con su rara perspicacia descubria grandes probabilidades de realzar en la ocasion presente á su patria, no se le ocultaban tampoco las numerosas eventualidades de perderla, arrojándose á una guerra espantosa. Aunque imprudentísimo Napoleon á los ojos de los hombres de seso, tan grande se presentaba á la imaginacion del mundo que aun se le temia profundamente, á pesar de juzgarle extraviado por la pasion y expuesto á todas las faltas en que hace que se incurra.

A la verdad no podia seguir la negociacion de oficio, pues el congreso estaba roto, y declarada oficialmente la guerra por Austria á Francia. Se acababan de alejar los plenipotenciarios ruso y prusiano, y no era oportuno que los plenipotenciarios franceses continuaran en Praga. Se convino en que, si Napoleon se prestaba á ello, se haria partir á Mr. de Narbonne solo, explicando á éste su partida asiada lo mejor posible, y en que Mr. de

Caulaincourt se quedaria por el contrario, para esperar el resultado de las aberturas de que Mr. de Metternich se hallaba encargado respecto de los soberanos de Rusia y de Prusia, que dentro de dos ó tres dias llegarían á Praga. Muy desagradable era para Mr. de Caulaincourt esta prolongacion de residencia, pues su posicion iba á ser falsa del todo, cuando el emperador Alejandro se hallara en Praga, y no pudiera verle. Pero cuanto dejaba á la paz algun resquicio le parecia tolerable y hasta apetecible, y así consintió en permanecer allí de buen grado. Refiriendo lo acontecido en su entrevista con el ministro austriaco, dirigió á Napoleon nuevas instancias á favor de la paz, le rogó que continuara esta negociacion por difícil que se hubiese hecho despues de entablada, no ya con el Austria sola, sino con todas las potencias beligerantes, le estrechó á que le diera alguna latitud para seguir los tratos, y sobre todo á que le enviara poderes auténticos para firmar lo que se estipulase, pues en aquel instante supremo cualquiera falta de forma, se podria interpretar como un nuevo subterfugio, y daria margen á que se le despidiera definitivamente. Mr. de Caulaincourt repitió una vez mas á Napoleon, en lenguaje tan firme como sumiso y respetuoso, cuanto un hombre de bien y un buen patriota pueden exponer para ahorrar un yerro mortal á su soberano.

Estas comunicaciones enviadas á Dresde hallaron á Napoleon del todo prevenido á la guerra, y tan poco afligido como poco asombrado de la ruptura del congreso. El mismo dia en que lo declaró disuelto el Austria antes de que se reuniera y anunció su adhesión á la coalicion, fué denunciado el

armisticio por los comisionados de las potencias beligerantes, lo cual fijaba la vuelta de las hostilidades para el 17 de agosto. Casi era ya nula la posibilidad de reanudar por vias secretas las negociaciones rotas con tanto ruido, y Napoleon obró como si no contara con ella. Acto continuo previno á Mr. de Narbonne que saliera inmediatamente de Praga, pues siendo este diplomático á la vez plenipotenciario en el congreso y embajador francés en Austria, no podia figurar mas tiempo ante una córte, que acababa de declarar á Francia la guerra. A Mr. de Caulaincourt le autorizó para permanecer en Praga, no dentro de la ciudad misma, sino en sus alrededores, á fin de que este antiguo embajador de Francia en Rusia no se hallase en el propio sitio que el emperador Alejandro, no conviniendo *ornar su triunfo*, segun sus expresiones, triunfo que nosotros le habíamos proporcionado á causa de una obstinacion ciega; consintió en que sus últimas proposiciones fuesen trasmitidas á Rusia y Prusia, no en su nombre, sino en nombre del Austria, que las presentaria como suyas, pues, segun añadia, no convenia á su decoro proponer cosa alguna á las potencias beligerantes. A Mr. de Caulaincourt le envió poderes en forma, pero ninguna latitud para los tratos, siendo invariables sus condiciones respecto de las ciudades anseáticas, del protectorado del Rhin, y aun de Trieste, con que pretendia quedarse al restituir la Iliria al Austria. Debilísimas eventualidades de venir á parar á la paz eran todas no pudiendo el Austria admitir proposiciones semejantes, y aun cuando quisiera admitirlas, no pudiendo ya echar en la balanza el peso decisivo de su espada, por haberla dejado tiempo de com-

prometerse con la coalicion á pesar de sus reiterados consejos.

Pero a Napoleon no le hacian fuerza ninguna estas razones; ni las instancias de Mr. de Caulaincourt produjeron sobre su ánimo la impresion mas leve. Respetaba el carácter y la franqueza de este personáge, le trataba con mayor consideracion que á Mr. de Basano, pero le escuchaba poco, á causa de comprender que profesaba ideas distintas de las suyas. Acababa de celebrar el 10 el dia de su santo, fijado comunmente para el 15 de agosto: á todo el ejército habia dado festines, y distribuido no pocos premios por el tiro al blanco, y ahuyentando lo posible las siniestras imágenes de la muerte del espíritu de nuestros soldados, á quienes tan facilmente se proporcionaban distraccion y recreo. Del todo preparados estaban sus cuerpos de tropas, y desde el 11 empezaron á salir de sus acantonamientos para concentrarse bajo las órdenes de sus gefes, y trasladarse á la línea adonde se les destinaba á la pelea. Descansados, reforzados y completos se hallaban los cuerpos antiguos; su organizacion terminaban entónces los nuevos; aunque jóven se habia hecho excelente la caballeria y aun numerosa. Concluidas estaban ó á punto de concluirse las obras de Koenigstein, de Lihenstein, de Dresde, de Torgau, de Wittenberg, de Magdeburgo, de Werben, de Hamburgo. Ya estaban reunidos sobre los puntos donde hacian falta los vastos acopios, que se hubieron de remontar por el Elba desde Hamburgo hasta Magdeburgo, y desde Magdeburgo hasta Dresde. Esta capital rebosaba de granos, de harinas, de bebidas espirituosas y de carne fresca y salada. Acelerados fueron todos los

convoyes, y se dictaron órdenes para que el 15 de agosto no se viese ya carro alguno por los caminos de Alemania y ni un solo barco sobre el Elba, á fin de que los cosacos no encontraran en que ejercitar la rapiña, y solo pudieran *saquear el pais*, segun Napoleon escribia al mariscal Davout. Personalmente pensaba marchar del 15 al 16 de agosto hácia Silesia y la frontera de Bohemia, donde tenia esperanza de ver empezar las hostilidades. Por lo demás á nadie dejó duda acerca de la renovacion de la guerra. Al general Rapp escribió á Danzick para animarle, y tranquilizarle sobre el éxito de esta nueva lucha, y conferirle poderes extraordinarios, y recomendarle que jamás rindiera la plaza, y prometerle que levantaria el bloqueo muy pronto. Otro tanto hizo respecto de los gobernadores de Glogau, de Stettin y de Custrin. Al mariscal Davout escribió á Hamburgo y al general Lemarois á Magdeburgo, que estuviesen en guardia, porque iba á comenzar de nuevo la guerra y seria terrible, si bien estaba en disposicion de hacer cara á todos sus enemigos, inclusa el Austria, y esperaba poderlos castigar antes de tres meses por sus indignas proposiciones. A nadie dijo en qué habia estado en que la paz se llevara á remate, á causa de no atreverse; ni aun informó sobre este punto al verdadero gefe del gobierno de la regencia, al archicanciller Cambacères, contentándose con enviarle á decir que pronto se le darian á conocer las exigencias del Austria, sobre las cuales habia necesidad de guardar secreto por entónces, bien que habian sido exorbitantes hasta el extremo de resentirse de ofensivas. Respetando Napoleon algo menos al duque de Rovigo, aventu-

róse á comunicarle una mentira de bulto, pues osó escribirle que se habia pretendido arrebatarnos á Venecia, fundándose aparentemente en su tema ordinario de que pedir á Trieste equivalia á pedir á Venecia, como si se supusiera que pedir á Magdeburgo equivalia á pedir á Maguncia, por hallarse una ciudad en el camino de la otra. No queriendo que la emperatriz experimentara zozobras, prescribió al archicanciller que la hiciera marchar á Cherburgo, á fin de que no supiese la ruptura y la vuelta á las hostilidades hasta despues de ganada alguna gran batalla y de parados los mas espantosos peligros.

A la sazón presentóse en Dresde uno de los lugartenientes de Napoleon mas útiles en un dia de batalla, y doblemente deseable en las circunstancias actuales bajo el aspecto de la guerra y de la política; era el rey de Nápoles. Además de que, pudiendo presentar como treinta mil ginetes en línea la caballería de reserva, necesitaba que un gefe de mérito superior le mandase; para Napoleon era un grande alivio y un motivo de seguridad verdadera el haber sacado á Murat de Italia. Se ha visto que, cansado del yugo de Napoleon, ultrajado de resultas de sus tratamientos ofensivos, alarmado por la suerte de la dinastía imperial, pensó ligarse al Austria y á la política mediadora de esta potencia, á fin de salvar de un desastre general su trono, y que, desconfiando hasta de su esposa, acabó por recatarse de ella y por caer en enfermizas agitaciones. Tambien se ha visto que, para completar Napoleon el ejército de Italia y para poner la corte de Nápoles á prueba, le pidió una division de sus tropas, y que Murat, en intrigas á la sazón

con Austria, y queriendo además guardar bajo su mano á su ejército entero, se negó á los deseos de su cuñado. Pero con su método de costumbre, hizo Napoleon que Mr. Durand de Mareuil, ministro de Francia, intimase á Murat que se atemperara á sus prescripciones bajo pena de guerra. Entonces, no sabiendo Murat á qué partido arrimarse, ora viendo á Napoleon batido y en ruina, y derrocados todos los tronos de los Bonapartes, excepto quizá los de aquellos que operaran su defeccion á tiempo, ora viéndole vencedor en Lutzen, en Bautzen y en otros puntos, desarmando á Europa con la victoria y las concesiones, sacrificando á la paz á España y á Nápoles en caso necesario, habia caido en un verdadero estado de locura, cuando le determinaron á obedecer los consejos de su esposa y las cartas del duque de Otranto, con quien mas de una vez estuvo en secretas intrigas. Pero, no queriendo que la reconciliacion se efectuase á medias, ya que se decidia á ponerse en marcha, fué á colocarse á la cabeza de la caballería del grande ejército, y llegó á Dresde la vispera de la entrada en campaña. Napoleon le recibió con semblante halagüeño, y aparentando no hacer caso de lo acontecido, fingiendo no dar ninguna importancia á las versatildades de un cuñado tan valeroso como inconsecuente, perdonando en suma, si bien con cierta muestra de desden, que Murat discernia á las claras, y que sentia sin expresarlo.

Llevóle, pues, consigo y salió en direccion de Bautzen la noche del 15 al 16 de agosto, á fin de hallarse en las avanzadas veinte y cuatro horas antes de la vuelta á las hostilidades, y no conservando evidentemente ninguna esperanza de ver

que surgiera la paz de los esfuerzos reunidos de Mr. de Caulaincourt y de Mr. de Metternich. Efectivamente, bien débil era la esperanza, tanto á causa de las mismas condiciones como del tiempo tristemente perdido. Inmediatamente despues de recibir Mr. de Caulaincourt las últimas comunicaciones de Dresde, y de haber alegado algunos pretextos para explicar a Mr. de Narbonne la prolongacion de su permanencia en Praga, fué en busca de Mr. de Metternich para presentarle sus poderes y suministrarle asi la prueba de que estaba autorizado para negociar formalmente, aunque bajo la condicion de que las proposiciones, que se trataba de hacer adoptar á las cortes de Rusia y de Prusia, fuesen presentadas en nombre del Austria, y no en nombre de Francia. No podia ofrecer gran satisfaccion tocante á lo sustancial de las cosas, puesto que Napoleón persistia casi en todas sus proposiciones. Sin embargo, si aun fuera libre el Austria pudiera admitir las proposiciones francesas, porque recuperando la Iliria, y además la parte de la Galitzia que se le habia tomado para constituir el gran ducado de Varsovia, obteniendo una especie de reconstitucion de la Prusia por medio de la disolucion de este gran ducado, quedando desembarazada lo mismo que sus aliados del fantasma de la Polonia, que durante años habia mantenido siempre Napoleón á los ojos de sus antiguos desmembradores, probablemente discurriría que sacaba muy bastante de las circunstancias, y no arrostrara los azares de la guerra por Trieste, y menos por Hamburgo, que interesaba á Inglaterra y á Prusia mas que á ella. Desgraciadamente ya no era libre, y no queriendo faltar á la palabra dada á sus nuevos

aliados, no podia hacer mas que dirigirles consejos, sin que le quedara el recurso de negarles su alianza, otorgada desde el 40 de agosto por la noche. Diciendo Mr. de Metternich mas de lo que habia dicho nunca, ahora que de sus conferencias no resultaban inconvenientes, confesó al duque de Vencencio que algo modificadas estas proposiciones condujeran á la paz ocho dias antes, segun todas las verosimilitudes, pero que, dependiendo ya de la voluntad agena, y no pudiendonada sin sus aliados, desesperaba de conseguir que fuesen admitidas. Habló de las pasiones de que se hallaban animados, de las esperanzas que habian concebido, del efecto que les produjo la batalla de Vitoria, y fácil era de conocer en la conmocion que experimentaba la sinceridad de su pesadumbre. Con efecto, para Inglaterra protegida por el mar y para Rusia protegida por la distancia, no podia al cabo tener consecuencias mortales la lucha, pero para Prusia y Austria, á las cuales nada resguardaba de los golpes de Napoleón, y que habian pasado respecto de su persona de la alianza á la guerra, podia traer resultados desastrosos, y á Mr. de Metternich se le alcanzaba perfectamente que, por mucha razon que le asistiese en esta coyuntura para probar á rehacer la situacion de su patria, se le dirigieran sangrientos cargos, si quedaba Napoleón victorioso. De consiguiente es muy presumible que, si todavia fuera libre, aceptara las condiciones propuestas, salvas algunas alteraciones, y ya era notorio, que perdiendo tiempo con obstinacion lastimosa, se habia producido mayor daño quizá que persistiendo en pretensiones excesivas.

Sea como quiera, se convino en que tan luego

como el emperador Alejandro y el rey de Prusia llegasen á Praga, les haria Mr. de Metternich por cuenta de su soberano las aberturas de que se acaba de dar noticia, y daria la respuesta antes del 17 de agosto. Para hacer decorosa la posicion del duque de Vicencio, al cual se prodigaron siempre los miramientos de que era digno, determinóse que fuera á aguardar la respuesta de Mr. de Metternich á la quinta de Koenigsal, situada cerca de Praga y perteneciente al emperador Francisco. De este modo se ahorraria de estar en el mismo punto que el emperador Alejandro, y de presenciar todo el júbilo de los coaligados, que recibian con trasporte la nueva de la vuelta á las hostilidades y de la adhesion de Austria á la coalicion europea.

Ya desde el 11 de agosto acudió á Praga una parte de los estados mayores prusiano y ruso, para concertar las operaciones militares con el estado mayor austriaco: un ejército de mas de cien mil hombres, prusianos ó rusos, entraba en Bohemia para unirse al ejército de Austria; se abrazaban los oficiales de las tres huestes, se felicitaban de pelear juntos para contribuir á lo que llamaban la libertad comun, y donde quiera estallaba una alegría por decirlo así convulsiva, pues era una mezcla de esperanza, de temor y de resolucion desesperada.

Su entrada hizo el emperador Alejandro el día 15 en Praga, y fué recibido allí con los honores debidos á su categoria y al papel de libertador de Europa, que entonces le atribuia todo el mundo, excepto no obstante el gobierno austriaco, harto ofuscado por tan entusiastas demostraciones, y poco dispuesto á cambiar la dominacion de Francia por la de Rusia. Tan luego como este monarca se

halló en Praga, y antes de que llegase el rey de Prusia, le enteraron el emperador Francisco y Mr. de Metternich del secreto de la negociacion clandestina, nacida al lado de la negociacion oficial durante los últimos dias del congreso de Praga, y le pidieron su dictámen. No era oportuno hablar de paz en este momento. Alejandro se hallaba embriagado de esperanza de resultas de la batalla de Vitoria, y sobre todo, despues de la adhesion del Austria. Quizá se lisongeara de poder sustentarse sin el auxilio de esta potencia la lucha, habiendo recibido numerosos refuerzos durante los dos últimos meses, y acrecentando tambien considerablemente la Prusia sus armamentos. Pero con el Austria, con las noticias transmitidas por los ingleses acerca de sus progresos en España, de su próxima entrada en Francia, no dudaba de ser pronto vencedor de Napoleón y de reemplazarle en Europa. Se hallaba la cabeza de este joven soberano en un estado de encandescencia extraordinaria, y para tocar al término de su ambicion, no habia peligros que no estuviera resuelto á arrostrar, ni halagos que no estuviera propicio á prodigar tanto á sus antiguos como á sus modernos auxiliares. Con efecto, se mostraba solícito y lleo de aparente deferencia hacia todos, y lejos de engrandecerse, se esmeraba en presentarse menos grande y menos poderoso que lo era, por miedo de producir ofuscacion y desagrado. Con mucho respeto y suma condescendencia hacia el emperador Francisco, sin ostentar el intento de destronar á Napoleón, esto es, á Maria Luisa, manifestó la esperanza de conquistar en breve por medio de la guerra mejores condiciones, y una independencia de Alemania infinitamente mas garan-



tida. Por otra parte, le asistía una razón muy poderosa para alegarla ante Austria, y consistía, en que, sin el abandono de las ciudades anseáticas, sería imposible alcanzar la adhesión de Inglaterra, á cuya potencia se hallaban estrechamente ligados, y además tenía un cebo muy seductor para hacerlo brillar á sus ojos, y consistía en la posibilidad de restituírle parte de Italia, si se lograba la victoria. Por consiguiente, sin esperar la llegada del rey de Prusia, hizo responder Alejandro por escrito y por conducto de Mr. de Metternich á Mr. de Caulaincourt que, despues de conferenciar entre si SS. MM. los soberanos aliados, pensando *que toda idea de paz verdadera era inseparable de la pacificación general, que SS. MM. se habian lisongeado de preparar con las negociaciones de Praga, no habian hallado en los artículos, que proponia ahora S. M. el emperador Napoleon, las condiciones que pudieran conducir al grande objeto en que tenían puesta la mira, y que por tanto SS. MM. juzgaban inadmisibles las condiciones.* Esto equivallia á decir á las claras que eran miradas como del todo inaceptables por Inglaterra.

Mr. de Beuder, empleado de la legacion austriaca, fué encargado de llevar en persona esta respuesta á la quinta de Koenigsal á Mr. de Caulaincourt y de entregársela por escrito. Aun aguardándola Mr. de Caulaincourt en esta forma, quedó consternado, porque en su buen seso, y en su noble patriotismo, no auguraba mas que grandes desventuras de la continuacion de esta guerra. Seguidamente hizo sus preparativos de viage, vió por última vez á Mr. de Metternich, con quien cruzó nuevas é inútiles expresiones de sentimiento, con-

vino con él en que se podria abrir un congreso, donde se negociase mientras se menearan las armas, débil esperanza que para unos y otros dejaba la eventualidad de firmar su destruccion propia despues de un desafío horroroso, y se fué á unir con Napoleon en Lusacia. Lleno el corazon de cierta especie de desesperacion, escribió á Mr. de Bassano, para expresarle en lenguaje explicito y amargo el disgusto de que se le hubiese empleado en una negociacion ilusoria, y llegado á presencia de Napoleon, manifestole con respeto grave, si bien con conviccion firme, el dolor que experimentaba por haber visto desperdiciada esta ocasion única de obtener la paz. De una manera ligera procuró Napoleon consolarle relativamente á esta ocasion frustrada, prometiéndole proporcionar otra mas excelente antes de mucho, y le volvió al ejercicio de sus funciones, que nominalmente eran las de caballero mayor, pero que, despues de la muerte del mariscal Durot, participaban de las de gran mariscal y aun de las de ministro de Negocios Extranjeros y de embajador extraordinario. Los honores podian tocar á este gran corazon, sensible sin duda á los favores de la corte, pero no eran capaces de hacerle olvidar de ningun modo los infortunios de su patria.

Tal fué esta célebre y desgraciada negociacion con Austria, empezada y seguida bajo el influjo de las mas funestas ilusiones, y con una torpeza que solo pueden explicar en un espíritu tan penetrante como el de Napoleon las pasiones. Segun lo hemos dicho, segun lo habian sustentado Mrs. de Caulaincourt, de Talleyrand y de Cambacéres en el consejo celebrado en las Tullerías, se necesitaba